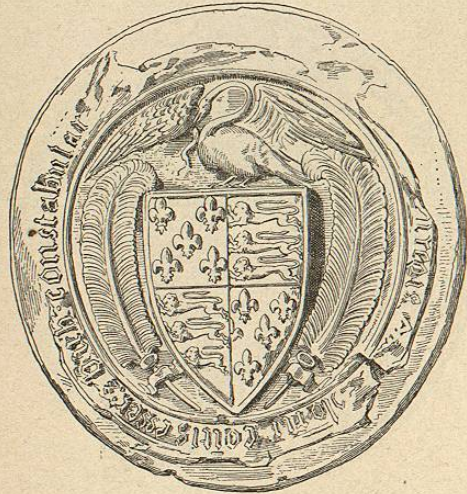


Parecía que en aquel momento se podía esperar una reconciliación completa entre Francia é Inglaterra; pero una revolución se preparaba al otro lado de la Mancha. Ricardo II estaba en desacuerdo con una parte de la familia real, de su corte y de su pueblo. Quería la paz con Francia; pero había en Inglaterra un partido de la guerra muy poderoso y conducido por el más brutal de los príncipes, el duque de Glocéster, hombre de «alma peligrosa.» Luego Ricardo se había comprometido á desligar á Inglaterra de la obediencia del papa de Roma; y la Inglaterra entendía permanecer fiel á esta obe-



Sello del duque de Glocéster

diencia. Ricardo era indiferente á las cuestiones religiosas, dejaba en paz á los Lollards, concedía su favor á algunos de entre ellos; y la ortodoxia era suspicaz en Inglaterra. En fin, Ricardo II se preparaba á convertirse en rey absoluto y á reinar sin Parlamento, lo cual era una fantasía peligrosa.

Después de toda una serie de actos poco hábiles, uno acabó de perderle. Enrique, duque de Derby y de Hereford, hijo del duque de Lancáster, había corrido mucho el mundo: se le había visto en la cruzada de África conducida en 1390 por el duque de Borbón, en la batalla de Nicópolis, á orillas del Báltico con los caballeros teutónicos, en Constantinopla con el mariscal Boucicaut; en el reino era muy popular. A consecuencia de una disputa que el duque Enrique tuvo con el duque de Norfolk, el rey le desterró por diez años. La partida del príncipe fué un triunfo. Brutalmente, á la muerte del duque de Lancáster, el rey confiscó su herencia. Poco después el rey partía para Irlanda, donde tenía que combatir una revuelta. Enrique de Derby, refugiado en Francia, había sido magníficamente recibido. En 17 de junio de 1399, pactó con el duque de Orleáns un tratado de alianza íntima.

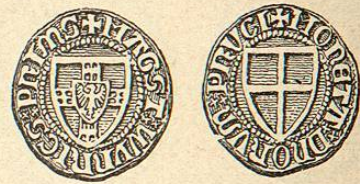
Otro desterrado, Tomás de Arundel, arzobispo de Cantorbery, le instó á volver á Inglaterra para poner término á un gobierno odioso. Enrique marchó de París, con pretexto de ir á Bretaña, se juntó á una pequeña tropa de hombres de armas reunida por Pedro de

enero de 1397, había dejado en suspenso entre el rey de Francia y el nuevo rey de Navarra. En virtud del tratado convenido en 1404, Carlos III renunció á las tierras que su padre había poseído en Normandía, á cambio de rentas en diversos dominios de Champagne, Borgoña y Gatinais, que formaron el ducado de Nemours.

Craón, y el 4 de julio de 1399 desembarcó en Ravensport, en el Yorkshire. Desde el castillo de Pomfret, él, que acababa de ser el huésped de Francia, lanzó proclamas en las que denunciaba la alianza 1399 criminal del rey de Inglaterra con la Francia, y se presentó como defensor del honor inglés. En ocho días tuvo cien mil hombres á sus órdenes. En Bristol hizo decapitar á los consejeros de Ricardo II y envió sus cabezas á los burgueses de Londres. Cuando Ricardo II volvió de Irlanda, á fines de julio, su causa estaba perdida. Se refugió en el castillo de Conway, en un islote de las costas de Gales, de donde le hicieron salir bellas promesas. Fué arrestado y conducido, en 1.º de septiembre, á la torre de Londres. Allí, ante testigos y notarios, se reconoció incapaz de reinar é invitó al Parlamento á que pusiera en su lugar á Enrique de Lancáster; todo esto lo hizo, dice el acta, *hilari vultu*, con una cara sonriente. En 30 de septiembre, en el Parlamento de Westminster, se declaró decaído á Ricardo II, y Enrique fué proclamado rey. El 13 de octubre, Enrique IV fué coronado y ungido de un óleo divino que la misma Virgen, según se decía, había confiado á Santo Tomás de Cantorbery. Ricardo quedó en la cárcel. Algunos meses después, habiéndose descubierto una conspiración, se supo que había muerto; nunca se supo bien de qué manera. Su cadáver se expuso durante dos días en San Pablo, para que nadie lo ignorase. Se pretendió, sin embargo, que vivía obscuramente en Escocia. Esta revolución, de la que había sido víctima un rey amigo de Francia, anunciaba un nuevo rompimiento entre los dos países.

#### VII.—La cuestión de Génova (1)

El duque de Orleáns estaba ocupado en Italia. Su suegro, Juan Galeas Visconti, gran aficionado á intrigas de toda especie, amenazado además por una coalición al frente de la cual estaba Florencia, había tomado por su cuenta el proyecto de Clemente VII, de un establecimiento, en los Estados de la Iglesia, para un príncipe de Francia. En los comienzos de 1393, Nicolás Spinelli, su embajador, vino á París á proponer una estrecha alianza entre su señor y el rey de Francia. Después, dejando á un lado sus instrucciones escritas, expuso el



Moneda de plata de la orden teutónica

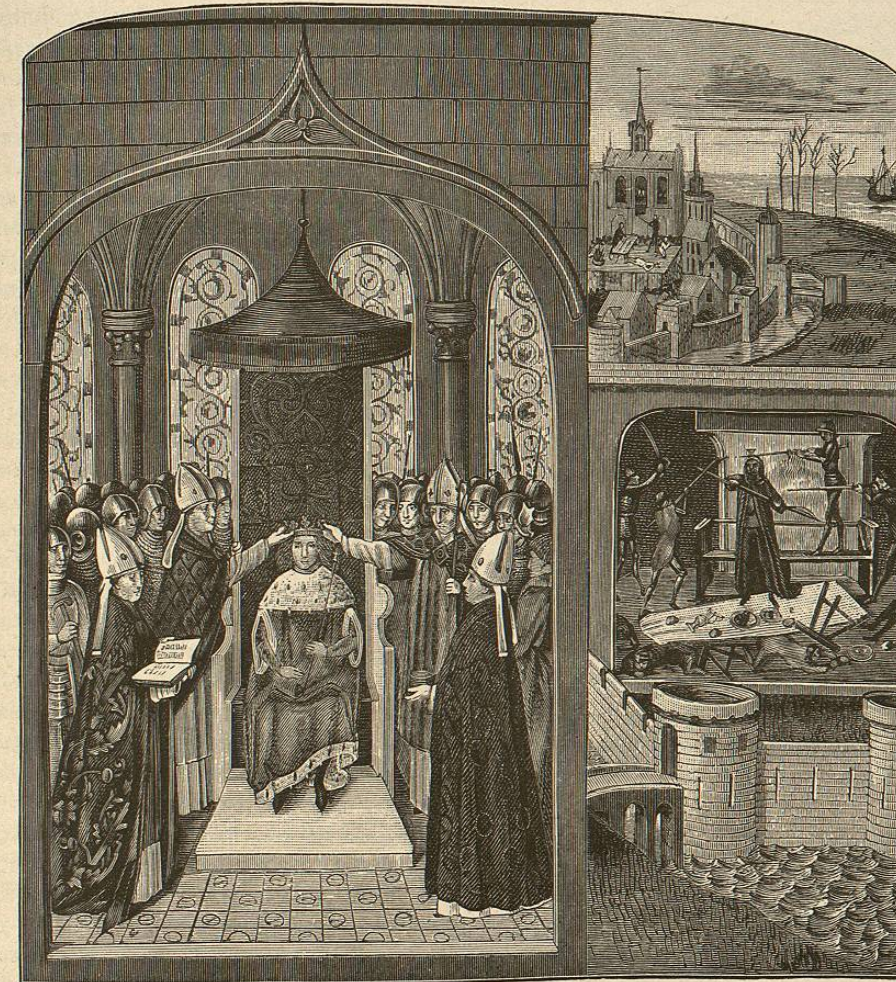
plan de Juan Galeas: Clemente VII enfeudaría una parte de los dominios de la Iglesia á un príncipe de Francia, con el título de reino de Adria, mediante un tributo anual. Con el apoyo de este reino y del de Nápoles, Roma sería pronto reconquistada por el papa francés. Un príncipe, dice Spinelli, parece más á propósito para hacer esto que otro alguno, y es el duque de Orleáns;

(1) FUENTES.—*Chronique d'Antonio Morosini*, edición Lefevre-Pontalis, I, 1898.  
OBRAS DE CONSULTA.—Jarry, *Les Commencements de la domination française á Gènes*, 1897.

porque «es joven y puede trabajar,» y además el señor de Milán «tiene más amor á él que á ningún otro.» Sin embargo, Clemente VII morirá sin haber dado su adhesión á ese proyecto, del cual era el autor, pero en cuyo éxito parecía haber perdido la fe. Entonces, por otra parte, se produjo un incidente que llamó la atención sobre otro punto de Italia.

En Génova los partidos aristocráticos buscaban un amo que les librara del gobierno popular. Francia te-

rando de Couci, muy al corriente de los asuntos de Italia. Couci, que tuvo que negociar con los más astutos italianos, consiguió hacer con Savona, en 17 de noviembre de 1394, un tratado que permitía al duque poner guarnición en el castillo, y hacer flotar su bandera junto á la del imperio. El tratado prometía á Savona la plena independencia con respecto á Génova, al mismo tiempo que los agentes del duque de Orleáns prometían á Génova abandonarle completamente Savona.



Consagración de Enrique de Lancáster. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

nia con Génova relaciones antiguas y cordiales. Muy recientemente todavía, en 1390, al llamamiento de los genoveses y para el mayor provecho de su comercio, el duque de Borbón y los más nobles señores de Francia habían emprendido una cruzada contra los sarracenos de África, sitiado El-Mehdia, en la costa de Túnez, y Cagliari, en Cerdeña, que eran refugios de piratas. Fué al rey de Francia á quien se dirigió un partido de nobles genoveses en 1392, y luego en 1393; le ofrecían la soberanía de la ciudad. Carlos VI, enfermo, no estaba en el caso de correr esta aventura; pero las proposiciones de los nobles genoveses sedujeron al duque de Orleáns, ya dueño de Asti; la adquisición de Génova servirá de preludeo á la conquista del reino de Adria.

Se persuadió al príncipe de que comenzara por establecerse en Savona, vasalla de Génova y que quería emanciparse. El duque había enviado á su condado de Asti, como lugarteniente y capitán general, á Engue-

Génova, por lo tanto, desconfió y dió un golpe teatral.

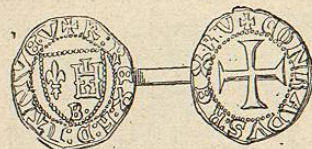
La república de Génova se ofreció al rey de Francia. El dux Adorno vió, sin duda, en este expediente el único medio de conservar su poder ducal. Pero este acontecimiento se había preparado por una coalición en la que, para contrariar los planes del duque de Orleáns y de su suegro, se habían reunido la señoría de Florencia, la reina de Francia, Isabel de Baviera, nieta de Bernabó Visconti, el cual había sido envenenado por Juan Galeas, y por último, el duque de Borgoña, amigo á la vez de la casa de Baviera y de los florentinos. Así se dibujaba en Italia un conflicto entre Orleáns y Borgoña.

Carlos VI vaciló mucho tiempo en oponer su intervención á la de su hermano. Pero la influencia de la reina y del duque de Borgoña acabó por triunfar. En marzo de 1395 se intimó al duque de Orleáns que renunciara á Génova y hasta á Savona. Dificultades de



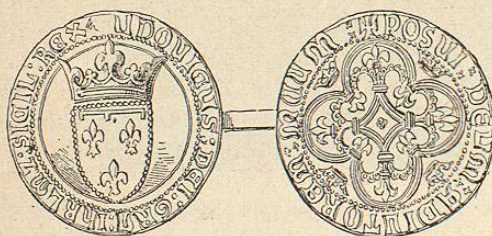
detalle, ciertas resistencias en el consejo, retardaron la respuesta definitiva del rey á la proposición que le había sido hecha por el dux de Génova. En 24 de marzo de 1396, el consejo declaró, por fin, que el rey la aceptaba.

En 27 de noviembre de 1396 se verificó la toma de posesión. En la gran torre del palacio y en las puertas se enarbolaron banderas que ostentaban, por un lado, la flor de lis, y por el otro el águila imperial, porque Génova seguía siendo ciudad de imperio. Los represen-



Moneda de Génova bajo la dominación francesa

tantes de Génova se sentaron en el trono ducal. Adorno, á quien se dejó al principio como gobernador en nombre del rey de Francia, se retiró poco después, y para reemplazarle se envió al conde de Saint-Pol, protegido del duque de Borgoña. La dominación francesa no pareció verdaderamente establecida hasta que llegó, cinco años después, en 31 de octubre de 1401, el mariscal Boucicaut. Su buena administración dió á Génova algunos años de tranquilidad. Boucicaut era muy emprendedor: adquirió á la soberanía del rey de Francia Savona, Mónaco, la isla de Elba; fué hasta Chipre á imponer al rey Juan una paz ventajosa; hizo la guerra por mar á los venecianos y trató de establecer la dominación francesa, por cuenta del duque de Orleans, en Liorna y en Pisa. Pero ese establecimiento en Italia no podía ser más que una corta aventura: en verano de 1409, durante una ausencia de Boucicaut, un motín popular pondrá fin á la dominación francesa en la república de Génova. Ya desde el verano de 1399, Luis II



Escudo de oro de Luis II, rey de Sicilia

de Anjou había sido obligado por Ladislao Durazzo á marchar de Nápoles y se había refugiado en Provenza. Después de tantos descalabros y de tantos proyectos abortados, no quedaba á los príncipes franceses en Italia más que el condado de Asti. Y he aquí otra vez una empresa frustrada.

#### VIII.—El cisma y la substracción á la obediencia (1)

En todas las cuestiones, las de Alemania, las de Italia sobre todo, se notan los efectos del cisma, que era entonces la gran cuestión internacional. Los principales reinos latinos, Francia, Castilla, Aragón, se habían pro-

(1) FUENTES.—El padre Ehrle publicó en el *Archiv für Literatur und Kirchengeschichte*, IV, V, VI y VII, 1889-1893, una serie de documentos muy interesantes para la historia del cisma

nunciado más ó menos pronto en favor del papa francés; al contrario, los Estados escandinavos, la Polonia, Hungría, Inglaterra y Alemania estaban por el papa de Roma. Había bastado que el rey de Francia reconociera á Clemente VII, para que el rey de Inglaterra se adhiriese á Urbano VI. Con respecto á Alemania, existía una razón particular para que temiera la absorción del Papado por Francia. A Roma iba á buscar la corona imperial el príncipe elegido por los electores alemanes, y que llevaba desde entonces el título de rey de los romanos. Si el Papado se hacía definitivamente francés, ¿no transfería el Imperio de los alemanes á los franceses, como lo había transferido en el siglo X de los franceses á los alemanes?

Sin embargo, Francia no tenía que alabarse por completo del papa de Aviñón. Clemente VII había entregado al rey las rentas de la Iglesia. Las décimas ó medias décimas concedidas á Carlos VI se cobraban y administraban por oficiales reales. El papa obligó al clero á pagar los subsidios reales en las mismas condiciones que los laicos, y le dió la culpa de los conflictos que se promovieron sobre el particular. La Universidad tuvo que declararse en huelga para hacer respetar sus privilegios.

La corte de Aviñón no era menos áspera para sí misma. Como á su vez exigía décimas, los obispos, en 1392, se negaron á pagar; apelaron del papa mal informado al papa mejor informado, é hicieron fijar su apelación en las mismas puertas del palacio de Aviñón. A estos impuestos se añadía toda la variedad de tributos eclesiásticos, subsidios voluntarios reclamados de una manera imperativa, empréstitos forzosos, anatas ó descuento de media anualidad en las rentas de los beneficios vacantes, reservas y provechos de toda clase en la colación de los beneficios vacantes; todo esto representaba un enorme capital. Y sin embargo, las cajas pontificias siempre estaban vacías; el papa se veía obligado á pedir dinero á los judíos y á dar en prenda los objetos sagrados. En 1391 los pagos del papa se retrasaron por un año; á la muerte de Clemente VII, según se decía, la tiara estaba empeñada. Esto dependía de que en la corte del papa, como lo escribía Felipe de Mezières, se habían instalado tres horribles viejas, Orgullo, Avaricia y Lujuria. Clemente VII se esforzaba en conservar el lujo de sus predecesores: compraba joyas, camaféos y obras de arte; sostenía una colección de animales, mantenía juglares, y se veía obligado á prodigar á sus treinta y seis cardenales, para retenerlos en Aviñón, los regalos en dinero y en especie.

Después de un silencio de varios años, la Universidad se había despertado de su sueño aparente. En 6 de enero de 1391, un orador ya célebre, Gerson, bachiller en teología, predicando delante de la corte, desarrolló,

y de Benedicto XIII. Todas las fuentes se encuentran además citadas con gran cuidado en la obra de M. N. Valois, mencionada á continuación, que es en adelante el mejor gula para toda esta historia.

OBRAS DE CONSULTA.—Th. Müller, *Frankreichs Unionsversuch, 1393 bis 1398*, 1885. Kehrman, *Frankreichs innere Kirchenpolitik von der Wahl Clemens VII bis zum Pisaner Concil, 1890*. Jarry, *La vie politique de Louis d'Orléans*, 1889. Valois, *La France et le Grand Schisme d'Occident*, II y III, 1896-1901. Salembier, *Le Grand Schisme d'Occident*, 1900. Schwab, *Johannes Gerson*, 1858. Tschackert, *Peter von Ailli*, 1877.

desde la hora prima hasta visperas, las peticiones de la Universidad, que tendían á la terminación del cisma; protestó discretamente contra la «vía de hecho», recomendó que se procediera «sin batalla dudosa y sin cruel efusión de sangre», y que se multiplicaran las rogativas y las procesiones. La Universidad se negaba á imponer á la cristiandad el papa de Aviñón: lo que ella quería era la unión, aunque fuera á expensas de los dos papas rivales. Podía contar con el duque de Borgoña, quien por temor de no disgustar á sus súbditos flamencos, muy adictos al papa de Roma, y por efecto de sus relaciones en Alemania con la casa de Baviera y en Italia con Florencia, se mostraba muy tibio partidario del papa de Aviñón.

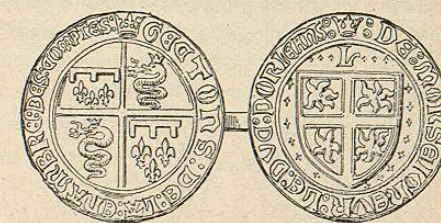
La enfermedad de Carlos VI, que entregaba la dirección política al duque de Borgoña, alentó también á la Universidad. A una gestión hecha por ella, en enero de 1394, el duque de Berri respondió: «Si encontráis un remedio que parezca bien al Consejo, lo adoptaremos en seguida.» Inmediatamente después se suceden procesiones, rogativas y conferencias. La Universidad organiza un *referendum*: en el claustro de los Mathurins se coloca una caja, en la que cada uno va depositando su papeleta. Cincuenta y cuatro profesores encargados de proceder á este singular escrutinio no contaron menos de diez mil papeletas. De tantas opiniones expresadas, tres soluciones principales—las *tres vías*, que recomendaban desde hacía muchos años los doctores más eminentes—se destacaron claramente: la consulta á la Iglesia universal en forma de concilio; el arbitraje ó compromiso; la retirada de los dos papas ó cesión. Ya no se trató siquiera de la vía de hecho, que habría hecho prevalecer por la fuerza á uno de los dos papas sobre el otro. Se preguntaba, al contrario, si los dos no eran antipapas. Las opiniones así expresadas se expusieron en una especie de carta circular que se distribuyó en todo el mundo cristiano.

En 30 de junio de 1394, el rey, á quien disgustaban esos movimientos universitarios, se había no obstante decidido, á instancias del duque de Borgoña, á conceder á la Universidad una audiencia solicitada hacía cuatro meses. En la entrevista con el rey, la Universidad se decidió en primer término por la doble cesión; á falta de cesión, por el compromiso; y en último lugar, por el concilio. El rey debería asegurar, de estas tres soluciones, la que fuera posible. Si los papas se negaban á admitirla, sería preciso declararlos cismáticos endurecidos y heréticos; tratarlos «como lobos devoradores»; expulsarlos del redil y enviarles, lejos de la tierra de los vivos, á compartir el suplicio de Datán y de Abirón. La Universidad no recibió de pronto otra respuesta del rey más que la prohibición de volver á ocuparse de este asunto. Era el tiempo en que se negociaba la quimérica creación del reino de Adria para el duque de Orleans. En Aviñón, Clemente VII, al recibir un último requerimiento de la Universidad en favor de la unión, exclamó en latín á mitad de su lectura: «¡Es malo! ¡es venenoso!» Pero en 16 de septiembre de 1394, por la mañana, después de la misa, murió de una apoplejía fulminante.

En 22 de septiembre, el rey estaba á punto de celebrar sesión con las gentes del Parlamento cuando recibió la noticia. El consejo deliberó; se redactó y se envió

á Aviñón á toda prisa una carta rogando á los cardenales que suspendieran toda elección. Algunos días después se mandaron embajadores; éstos, durante el camino, supieron que el 26 de septiembre, á pesar de la carta del rey, llegada antes de acabar el conclave, pero que no había sido abierta, se había elegido al cardenal de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII.

Pedro de Luna, ó de la Luna, como se decía entonces, había intervenido mucho en los asuntos del cisma. Legado en París en 1393, había manifestado en favor de la unión un celo edificante; hizo entonces «el cordero de Dios», secundando á la Universidad, aprobando la vía de cesión, anunciando que si algún día fuera elegido papa, depondría la tiara á la primera intimación que se le hiciese; y también había repetido esto mismo



Jetón con las armas de la familia de Orleans

en el conclave. Las circunstancias de su elección le invitaban á cumplir su promesa; los cardenales, antes de votar, se habían comprometido á intentar la unión hasta por la vía de cesión. Una vez elegido, Benedicto XIII escribió, pues, al rey, para rogarle que trabajara en favor de la unión; en cuanto á él, se decía pronto á aceptar la vía que se juzgara más conveniente. A la Universidad, que le recordó sus buenas intenciones, le dió una contestación satisfactoria, y se quitó la capa pluvial delante de los delegados, asegurando que con la misma facilidad se despojaría del pontificado: en todas partes reinaba la esperanza. El día de la Purificación de 1395 se reunió en París, por orden del rey, una asamblea del clero, á la que asistieron ciento nueve prelados, abades y doctores. Por primera vez desde Carlos V no se trataba de pedirles dinero. Las deliberaciones duraron más de quince días. Por 87 votos contra 22, el clero, después de la Universidad, se declaró por la vía de cesión. Se envió una embajada á Benedicto XIII para obtener su desistimiento, en nombre del rey, del clero y de la Universidad. Los duques de Berri, de Borgoña y de Orleans iban al frente de dicha embajada. El hecho era grave: «Apoyada en el voto del clero nacional, imbuída del sentimiento de su misión providencial, una vez más la realeza substituía su propia autoridad á la de la Iglesia; se creía llamada á dirigir la barca de San Pedro (1).»

Ahora bien; Pedro de Luna era en realidad tenaz, violento, inflexible. Se veía que este aragonés, decía el arzobispo de Reims, era «del país de las buenas mulas.» Los duques estuvieron más de un mes en Aviñón y perdieron el tiempo en gestiones inútiles, que por lo demás fueron insolentes y poco hábiles. A la vía de cesión el papa oponía la vía de conferencia; pedía entrevistarse, bajo la salvaguardia del rey, con el papa de Roma; se valía de mil sutilezas, y objetaba á todas las peticiones,

(1) N. Valois, *La France et le Grand Schisme*, III, pág. 37.